

1. La cacería

«Eran unos tiempos sin tiempo, eran unas vidas sin vida. Pero a pesar de todo, amanecía».

Anónimo.

Los primeros reflejos rojizos anunciaban el final de la noche y el inicio de un nuevo día. Un día cualquiera, imposible de diferenciar de los anteriores o de los siguientes. El pasado y el futuro eran dos conceptos absolutamente faltos de contenidos. Solo importaba el hoy, el ahora, la secuencia inmediata de acontecimientos que llevaban a satisfacer alguna necesidad imperiosa y básica.

Si alguien se lo hubiera propuesto, habría podido diferenciar un día de otro con la sola enumeración de los integrantes de la tribu en cada una de las jornadas. Los cambios eran continuos, y generalmente el grupo variaba todos los días. Pero nadie se proponía llevar un registro de altas y bajas. Hubiera sido una pérdida de tiempo y de energía. Tiempo y energía que era imprescindible dedicar a una tarea única y perentoria: sobrevivir, que se

traducía en buscar comida, defenderse de los ataques de otras tribus, encontrar refugio para pasar la noche y, sobre todo, evitar ser cazados.

En esos últimos años, los chicos que vivían en las calles se habían convertido en el objeto de una especie de deporte macabro, y muchos de ellos murieron sin siquiera darse cuenta de que habían nacido. Recorrer las calles se había convertido en una odisea, y continuamente había que estar alerta para escapar. Y, cuando el cansancio los vencía, el descanso nunca era completo. Siempre debían estar atentos a cualquier cambio en el ambiente que pudiera indicar que se estaba en peligro. Por eso, esa mañana, como cualquier otra, los primeros reflejos cobrizos que provocaba el paso de los rayos solares por la cúpula, anunciaron el fin del descanso y el inicio de la marcha. La luz los dejaba en evidencia y había que moverse continuamente para dificultar la caza.

Luna hizo un gran esfuerzo para superar ese estado de semiinconsciencia que sigue al sueño, especialmente cuando no se ha dormido lo suficiente. Lo primero que sintió fue el cuerpo cálido

de Samna a su lado. El simple contacto con ese cuerpo amigo era tranquilizador. Sin embargo, al abrir los ojos, tuvo que ahogar un grito de terror. Los fríos ojos del comandante Lugdum la miraban amenazadoramente y su dedo la señalaba. Solo después de unos segundos, que para ella fueron siglos, tomó conciencia de que en la oscura noche anterior, se habían acostado, sin darse cuenta, enfrente de uno de los tantos carteles de propaganda que inundaban las calles.

La imagen del comandante Lugdum aparecía, majestuosa y atemorizante, al volver cada esquina. Era una figura omnipresente que, como el buen padre que decía ser (hacía ya muchos años que se había autoproclamado Padre del Estado), pretendía guiar las almas de sus hijos. Y, como dictador que era, castigaba con dureza a quienes no se dejaban guiar.

—Buenos días, Luna.

La voz de Samna la hizo regresar a la realidad. Esa era la voz que escuchaba al despertarse, día a día, desde que tenía memoria. Samna era un poco mayor que ella, probablemente le llevara unos tres

años, sin embargo, la vida que había tenido le hacía aparentar más edad de la que realmente tenía.

Luna no tuvo tiempo de contestar el saludo de su amiga, porque un grito de alarma de quienes estaban en un extremo del grupo les hizo ponerse de pie, con el tiempo justo para no ser pisoteadas por la carrera enloquecida de los que intentaban escapar. Instintivamente echó a correr en sentido contrario del lugar donde había surgido el grito. De repente, a pesar del riesgo de ser atropellada por los que venían detrás, detuvo su carrera en seco y buscó con la mirada a Samna. La vio un poco más atrás, intentando torpemente alejarse del peligro.

Fue a su encuentro caminando a contracorriente y la cogió de la mano para ayudarla a escapar. Esa situación se había repetido infinidad de veces en el pasado, pero siempre a la inversa: ante una situación de peligro era Samna quien la cogía y la guiaba a un sitio seguro. Pero, ahora, su amiga estaba más torpe y había perdido velocidad. Se había convertido en una presa fácil para los cazadores y había llegado el momento en el que era Luna quien debía ayudarla.

El grupo corría sin rumbo fijo a través de estrechas callejuelas, entre casas descoloridas y semiderrumbadas. Luna y Samna intentaron seguir el ritmo de carrera de sus compañeros de tribu, pero, poco a poco, se fueron rezagando. A una distancia indeterminada, pero no muy lejos, se escuchaba el ensordecedor estrépito que producían los cazadores al acercarse. Luna podría haberse reincorporado fácilmente al grupo ya que, a pesar de tener un físico un tanto regordete, era muy ágil y veloz. Sin embargo, en ese momento, le era tan importante salvarse a sí misma como a su amiga.

Cuando se encontraron absolutamente solas en medio de la calle, tiró de Samna hacia un lado para esconderse detrás de unas enormes cajas que estaban junto a una casa abandonada, en el preciso instante en que los primeros cazadores daban la vuelta a la esquina. Eran alrededor de quince hombres y mujeres que reían y gritaban mientras avanzaban por la estrecha callejuela. Algunos lo hacían a pie, otros montados a caballo o en destartaladas y estruendosas motos. Su aspecto era aterrador. Vestían ropas oscuras con reflejos brillantes. Cada uno llevaba un arma:

un viejo fusil, un garrote, un cuchillo de cocina o cualquier cosa que sirviera para la caza.

Samna y Luna se cogieron fuertemente e intentaron mantenerse lo más quietas posible para evitar delatar su escondite. Daba la impresión de que los cazadores no las habían visto, sin embargo, al pasar junto a ellas, una mujer joven y corpulenta que montaba un brillante caballo negro se detuvo bruscamente. Levantó una mano y el resto respondió a la señal interrumpiendo su marcha y guardando silencio.

Ante la atenta mirada de los cazadores, la mujer se quitó el sombrero y tiró el cabello hacia atrás dejando al descubierto una frente extremadamente amplia. Movi6 lentamente su cabeza de derecha a izquierda y, en pocos segundos se1al6 el mont6n de cajas. Inmediatamente los cazadores se abalanzaron sobre ellas.

—¡Corre, Samna! —grit6 Luna mientras saltaba y le clavaba las u1as a un barbudo que intentaba cogerla.

Sin embargo, Samna ya haba sido atrapada por otros dos que la sujetaban firmemente. Luna

alcanzó a soltarse del barbudo e intentó salvar a su amiga, pero fue inútil. Su fuerza era infinitamente inferior a la de cualquiera de ellos. Los cazadores se divertían viendo cómo se defendían y sus risas se mezclaban con los gritos de Samna.

—¡Vete, Luna, sálvate!

Solo cuando confirmó que era realmente imposible salvar a su amiga, buscó la manera de escapar. Trepó ágilmente por la pared de la casa. Los cazadores gritaron y aplaudieron frenéticamente. Probablemente, era eso lo que estaban buscando. Sin proponérselo, Luna le estaba dando emoción a su juego. Algunos intentaron trepar también para retenerla, pero, como no lo lograron, porque eran más pesados y torpes, comenzaron a disparar, y a tirarle piedras y palos. Evidentemente estaban muy borrachos, porque los impactos no llegaron ni a rozarla, y así pudo seguir trepando hasta alcanzar una ventana abierta en el segundo piso de la casa.

En el instante en que apoyaba su mano derecha en el marco de la ventana, sintió un dolor punzante en el hombro izquierdo. Con dificultad, alcanzó a introducirse en la casa y se asomó por la

ventana. Lo que vio le contrajo el corazón. Los cazadores se habían olvidado de ella y rodeaban a Samna intentando ponerla de pie para divertirse con ella antes de matarla.

Comenzaron a empujarla mientras reían a carcajada limpia. ¡Estaban disfrutando con el sufrimiento de su presa! Varios cazadores extrajeron sus armas de las ropas y las acercaban a su cara de forma amenazadora. Uno de ellos, gordo y bajito, y que tenía una marca desagradable en la mejilla derecha, sacó una pistola, estiró el brazo y apuntó con la intención de dar por terminado el juego. Samna, viéndose perdida, solo atinó a taparse la cara con las manos. Y eso fue lo que la salvó.

—¡Alto! —gritó la mujer de la frente amplia—, ¿no veis que está preñada?

Los cazadores se acercaron y tocaron con sus torpes manos el vientre de Samna. Evidentemente se sintieron satisfechos con su inspección ya que guardaron sus armas y se llevaron a Samna, dando por terminada la cacería.

Luna vio con una mezcla de odio y dolor lo que ocurría en la calle. Instintivamente se llevó la

mano al hombro. Tenía la ropa húmeda y cuando bajó la mirada, vio como una gota de sangre se deslizaba por su brazo hasta terminar en un charco rojizo que se estaba formando a su lado. Sintió que todo giraba. La ventana, la calle, la habitación...; todo se mezclaba frenéticamente. Apoyó con dificultad la espalda en la pared y se aferró con fuerza al pañuelo que llevaba anudado al cuello, justo un instante antes de que la habitación se diluyera y todo se volviera negro y frío.